

También ha gustado la revista cómica en un acto y tres cuadros, original de los actores de dicho teatro, Sres. Lastra, Ruesga y Prieto, y música de los maestros Rubio y Espino, titulada *Desconcierto musical*, que es una producción en que hay para toda clase de gustos y aficiones. Esta obra y la antes citada durarán algún tiempo en los carteles.

En el teatro de Novedades se ha representado el drama en ocho actos titulado *El hombre de las figuras de cera*, original de Javier de Montepin y arreglado por los Sres. Chas de la Motte y Malvar, que abunda en situaciones de efecto dramático, y fué acogido con aplauso. Al melodrama no le faltan los requisitos de su clase: asesinos, ladrones, traidores, crímenes, asesinatos, etc., y el auditorio sigue con interés el desarrollo de la obra, propia para los que gustan de grandes emociones.

El intendente del teatro de la Opera de Viena, barón de Bésigny, ha suprimido el gasto de 70,000 florines, importe de subvenciones que percibían jóvenes de más ó menos talento, algunos hasta de 8,000 francos al año, y que sin embargo, en su mayoría eran desconocidos en el mundo artístico. Un joven tenor, sin debutar, cobraba desde hace seis años 12,000 francos de pensión anual; muchas jóvenes, sin más mérito que su hermosura, y conocidas sólo de sus protectores, recibían pensiones de cuatro ó seis mil francos.

EVAR.

EN PLENO CAMPO.

Seis horas duró el combate,
Fueron seis siglos por largas,
Corrió la sangre á torrentes
Por llanuras y montañas;
Se enrojecieron las piedras
Y hubo en los árboles ramas
Que hospedaron en sus hojas
Fragmentos de carne humana.

Era un coro del infierno
Aquel silbar de las balas,
Entre las del humo, densas
Nubes gigantes y blancas.
Sembró extrago en todas partes
La mortífera metralla,
Sin medir méritos, años,
Arrojo, virtud ni audacia.

Llovió fuego en donde quiera,
Fuego del que no se apaga
Sino en la sangre del cuerpo
Que al hondo abismo resbala.
No puedo pintar la escena,
Color y fuerza me faltan;

¡Qué terrible! ¡Qué espantosa!
¡Tiembo sólo al recordarla!
Y la ví con estos ojos

Que de las órbitas saltan;
No eran hombres, eran fieras,
Eran más: ¡fieras con alma!

Cuando hubo cesado todo,
Tendió la noche sus alas,
Y tras los montes la luna
Alzó su disco de plata.
¡Cuántos muertos! ¡Cuántos muertos!
No hay más arena en la playa;
Contábanse por millares;
¡La humanidad es tan mansa!

En medio de tanto estrago,
Y en medio de sombra tanta,
Viendo que hambrientos, veloces,
Los buitres graznando bajan
Y en ojos que ya no miran
Los picos con furia clavan,
Mientras por sus dueños tristes
Los perros ahullando ladran.

Una mujer con la veste
Mal ceñida y desgarrada,
Con la cabellera suelta
Al viento sobre la espalda,
Llega al campo, estremecida
De muchos rostros aparta
Su vista; sigue, tropieza,

Vuelve á mirar cara á cara
A otros de los mil que duermen,
Murmura alguna plegaria,
Y después lanzando un grito
Que repiten las montañas,
Da sobre un cuerpo, lo besa,
Con ciega pasión lo abraza,
Lo siente helado y pretende
Tener aliento de llamas
Para soplarlo en su boca
Rígida y amoratada.

¿Quién te arrebató — pregunta —
La vida? ¿Quién me arrebató
La dicha, las ilusiones,
La fe, el amor, la esperanza?
Con beber toda su sangre
Tal crimen no me pagara.
Y al decir ésto, contempla
En la frente, abierta y ancha
Herida por donde el plomo
Metióse á sacar el alma.

Y entonces, trémula, junta
Su boca, sin medir nada,
A la herida, y al sorberia
Coje en sus dientes la bala....
«Aquí estás, mas ¿qué consigo
Con tenerte?» luego exclama:
«El arma, tú no, ¡tampoco!
El brazo quiero, no el arma....»

Y después, como una loca,
Gritando con hondas ansias,
Abrazó el rígido cuerpo
Y eran sus angustias tantas
Que se heló toda su sangre,
Sus ojos no vieron nada,
Y cual si fuera de mármol
Por lo fría y por lo blanca,
Allí la encontraron muerta
Al despuntar la mañana.
¿En dónde fué tal combate?
¿Por qué la historia no marca
El lugar de tales hechos,
La fecha de tal campaña,
Y el nombre de aquel dichoso
Por el que murió la dama?
No busqueis nombre ni sitio:
Lo sabrá todo el que nazca
Como todo el que ha nacido
Lo sabe aunque se lo calla....
¿Combatientes? ¡las pasiones!
¿Campo? ¡la existencia humana!

Los ensueños son los muertos,
Los buitres son las desgracias,
Y la fe yerto despojo
Al que con pasión se abraza,

México, Febrero de 1886.

Después que cesa el combate,
Una mujer: ¡la esperanza!
Decid, los que habeis vivido:
¿Es ésto verdad ó fábula?

JUAN DE D. PEZA.

SERENATA I.

(IMITACIÓN DE CATULLE MENDES.)

Wand'ich dem Wald des Abends
In dem träumerischen Wald.

HENRI HEINE.

Cuando en el bosque un ensueño
Voy á mis solas forjando,
Miro su sombra marchando
Junto á mi con dulce empeño.
¿Es su velo blanco y fino
Lo que flota?... ¿O acaso es
Rayo de luna al través
Del follaje de un sabino?
Y estas lágrimas, pregunto,
Que corren tan dulcemente,
Son mias, ó realmente
Viene llorando aquí junto. •

México, Febrero de 1886.

GUSTAVO BAZ.

SOÑANDO.

La noche callada y triste,
Triste y silencioso el campo,
Y las sombras extendiendo
Por todas partes su manto.

Los centinelas vigilan,
Y las rondas paso á paso
Recorren todos los puntos
Del campamento callado.

Los cañones ya dispuestos
Tan sólo están aguardando
Que las tinieblas se alejen
Para dar muerte y espanto.

Todo anuncia que el combate
No tarda, que está cercano.
En tan solemnes instantes,
¿En qué soñaba el soldado?

Mira la casita blanca
En que piensa con encanto,
Y de su amor y sus dichas
Bendecido relicario.

Hacia la casita marcha
Con inquieto y pronto paso,
Y á la puerta llama luego
Con firme y segura mano.

Oye una voz que pregunta,
Por la emoción vacilando,
Quién á tales horas llama
Con anhelo tan extraño.

Y al contestar que era él
Quien á la puerta ha llamado,
La explosión escucha y siente
De un júbilo noble y santo.

La madre anciana lo besa
Con ternura y sin descanso,
La esposa joven lo abraza
Y lo baña con su llanto.

Y un ángel rubio que duerme
En un rincón de aquel cuarto,
Se despierta y con cariño:
—Padre, le dice gritando.

Entre lágrimas y besos,
Entre suspiros y halagos,
Cuánta ventura sin nombre
Siente en su pecho el soldado.

De improviso, allá, muy lejos,
Un sordo rumor sonando
Disipa el hermoso sueño
De aquel pobre miliciano.

El rumor de la diana
Resuena por todo el campo,
Y anuncia que ya las horas
De combatir han llegado.

México, Febrero de 1886.

EDUARDO NORIEGA.

RIMAS.

A***

Una flor que en días más venturosos
Tu mano me ofreció,
Aun la llevo conmigo, vida mía,
Cerca del corazón.
Al ver tras del cristal que la protege
Su pálido color,
¿Quién dirá que ha vivido allí más tiempo
Que en tu memoria yo?

México, Febrero de 1886.

JOSÉ F. MORENO.